

ra y grandeza, pero en lo tocante á los ídolos había diferencia.

Cuanto á lo primero, tenían en el templo una arca de madera y dentro ponían su dios ó ídolo, el cual era poco mayor de una mano, y á este le tenían tan bien fajado y envuelto que acaecía tener setecientas ú ochocientas vueltas de mantas de algodón.

Este dios era muy estimado y reverenciado de toda la tierra, y era como cabeza de todos, y en quien tenían puesta su devoción de muy antiguo; y por eso, cuando nuestros españoles llegaron, viendo aquella vanidad la echaron por ahí á mal, pero los indios, viendo desempañar y desenvolver al dios con tan poca reverencia, lloraban y daban gritos por ver cosa que ellos tenían por gravísimo pecado; y así suplicaban á nuestra gente que les diesen su dios, y tan creído tenían que había de caer el templo y matar á todos aquellos nuestros, que no se osaban llegar mucho, porque no muriesen con los sacrilegos que les tomaban su ídolo; pero los españoles, por honrar tan buena pieza, llevaron al arca y al ídolo á la caballeriza.

Al cabo, por muchos ruegos y lágrimas, les dieron el ídolo y al tiempo que lo tuvieron en su poder hicieron gran procesión para volver á

CAPITULO XX

De los sacrificios que hacían los Indios de Honduras, provincia de la Nueva España, y de la provincia de Paria, isla de la Trinidad.

Parecióme después de haber tratado de la religión que tenían los indios por casi todas las provincias, que no había de cansarme en proseguir lo que quedaba, pues puedo decir que es poco á respecto de lo que está dicho.

Los de la provincia de Honduras tenían diferentes ritos y costumbres en su religión, de las demás gentes.

Los templos, comunmente, tenían una hechu-

su dios á lugar decente, y así tomaron setenta y más braseros llenos de olores, y los sacerdotes tomaron la arca é iban andando hacia atrás, y porque no tenían cosa con que aderezar las calles por do pasaban, ni con qué entapizarlas, determinaron sacarse infinita sangre, y con ella bañaron el camino, de lo cual quedaron atónitos los españoles.

No se hallaron otros sacrificios, ni otras ceremonias por toda aquella tierra.

Es verdad que en caso de convites y comidas en los templos, y el ofrecer animales y cosas menudas, en común era una toda aquella nación.

En las provincias de Paria, Trinidad, y del nuevo reino de Granada, comunmente tenían pocos ídolos, y no había templos de faición ni famosos, ni tampoco ministros con las riquezas y autoridad de los pasados, y á esta causa había pocos sacrificios.

Dícese que todavía en algunas partes destas provincias se hallaron sacrificar hombres, pero eran pocos, y como cosa que había poco, que la había introducido el demonio, así había tenido poca fuerza cosa tan perniciosa.

Los más comunes sacrificios eran incienso y olores, y mezclando ciertas yerbas menudas con

resina, entendían que hacían gran oferta; estas quemadas en sus braseros é incensarios, daban por reverencia á dios, y con ellas pedían lo que tenían necesidad.

Los de las islas de Santo Domingo, como no tenían templos ni ídolos, sino como de burla, así tenían pocos sacrificios; con todo eso, tenían algunos, principalmente para agradecer á su dios.

Tenían cierta yerba muy seca y muy molida, que tiraba el color á la canela, y estos polvos ponían en ciertos platos de madera labrados ricamente y tomaban una como flauta ó cañón y ponían la una boca en el plato y la otra en las ventanas de las narices y sorbían hacia arriba, y tomaban de aquellos polvos, con los cuales salían de seso y hablaban como beodos: y tenían entendido que entonces hablaban los dioses con ellos, y conocían si les vernía alguna cosa adversa ó próspera.

Llamaban este sacrificio en su lengua Cohoba. Cuando tomaban aquellos polvos, no luego hacían efecto, mas de allí á un rato, y el que los tomaba sentábase en unos banquillos pequeños y ponía las manos en las rodillas y la cabeza vuelta á un lado, y así se iba transportando.

Cuando el sacerdote mayor ó el señor, tomaba estos polvos, hacía oración, y respondíanle todos, como si dijésemos amén, y después que volvía en su seso, todo el mundo preguntaba qué habian revelado los dioses, y ellos decían de una hasta ciento, engañando á los ignorantes.

Tenian estos de estas islas muchos ayunos y muy rigurosos; principalmente solían estarse siete días sin comer, salvo un zumo de una yerba que les daba alguna virtud, para que no desfalleciesen durante aquel ayuno.

Como tenian mucha flaqueza veníanles imaginaciones y fantasías, y el demonio les prometía mil vanidades.

En la isla de Cuba, los Boyques, que eran como sacerdotes, hacían grandes ayunos, porque ayunaban algunas veces cuatro meses sin comer pan ni carne, ni frutas, sino solo cierto zumo que les conservaba la vida con mucho trabajo.

De esto dá relación el Obispo de Chiapa en su *Apología*.

Enflaquecidos de esta manera, decían que entonces estaban dispuestos para ver la cara de su dios, que era Cemi.

Allí recibían las revelaciones, y les contaban

lo que harían los dioses con ellos, si los sirviesen.

Prometían bienes, y apercibíalos el demonio que habian de venir muchos males y trabajos por toda la tierra.

No hallo otras penitencias ni otros sacrificios acerca destas gentes, y la causa entiendo que era porque tenían pocos templos, y no se trataba con curiosidad la idolatría.

Solo en esto de los ayunos parece que habia algún ejercicio, y en esto los habia impuesto el demonio; y esto entiendo que lo hacía él por introducir en lo de adelante todos los males que inventó en las otras partes del mundo, porque viendo que entraba por virtudes y penitencia y abstinencia, creyesen que todo era bueno y santo lo que iba introduciendo, pero no lo permitió Dios, porque cuando nuestra gente llegó no habia cundido la idolatría.

los Reyes Ingas viniesen á reinar en aquel reino, y el otro después.

En el primero, como la gente era algo rústica y poco pulida, no llegó en lo tocante á la religión á lo que después, porque, según parece y queda dicho, los señores que habian sido buenos para con ellos, eran los dioses á quien adoraban, y así no ofrecian sino cosas menudas y de los frutos de la tierra.

Dábanles plumas de varios colores, ovejas, vino de maíz y alguna ropa labrada de lana.

Cosa de sangre humana no la hallamos, ni tampoco hay que decir otra cosa de aquel siglo simple, y por eso bueno.

El otro estado y tiempo fué después que vinieron á reinar los Ingas, los cuales en lo espiritual y temporal fueron muy diligentes.

Desde esta coyuntura comenzó á tratarse con más primor la religión, y por eso crecieron los sacrificios.

Cuáles fuesen estos sacrificios y de qué manera, también me parece que es bien se declare, de manera que el lector lo entienda distintamente.

Fueron, pues, los sacrificios de aquestos tiempos en dos maneras:

Unos generales, que se ofrecian por toda la

CAPITULO XXI

De los sacrificios del Reino del Perú y de las cosas que sacrificaban.—Tócanse cosas buenas.

Ya parece que ha rato que no hablamos de los reinos del Perú, y que lo poníamos en olvido; pero no será así porque un mismo cuidado y diligencia tenemos desta gente que de la Nueva España, aunque no tenemos tan larga relación; mas con todo eso haré mi diligencia y deber, y con esto cumplo.

Para principio de lo que aquí se ha de tratar, es menester que consideremos dos estados que tuvieron estos reinos: el uno fué antes que

república y en su nombre. Otros particulares, que cada uno ofrecia por su devoción é intento.

Los generales fueron en tres maneras: porque unos eran cotidianos y de ordinario.

Otros en ciertos tiempos del año; otros cuando habia alguna adversidad y tribulación.

Los comunes eran los que se hacian dando gracias á los dioses, ó al sol principalmente, por las mercedes ordinarias de cada dia, y estos eran de cosas comunes, como de unos animales que parecen gazapos, de conejos, y sebo de animales, ovejas, ó carneros, ó una de las dos cosas.

Estos sacrificios se hacian en los templos principales del sol y cada dia, y la forma del sacrificio era ser quemado por mano de los sacerdotes.

También en estos cotidianos sacrificios ofrecian de sus bienes en mucha cantidad, y era desta manera, que estaban en los templos unas piletas con su agujero, y allí lo echaban, y se iba consumiendo como el agua del Baptisterio.

Otros sacrificios se ofrecian en ciertos tiempos.

Unos cada mes, al principio que parecia la luna.

Estos eran de las mismas cosas, aunque era la cantidad mayor; otros eran más grandes y copiosos, y eran dos veces en el año: La una cuando sembraban, y esto hacian porque tuviesen buen suceso y saliesen bien los panes, y la otra cuando hacian el Agosto, dando gracias de la cosecha.

Todos estos sacrificios eran de una mesma cosa, salvo que eran en mucha cantidad.

Añadian vestidos de lana muy bien labrada, para que el ídolo se vistiese.

Si era dios en forma de hombre, hacíanle ropas de varón, y si era diosa, de mujer.

Los sacrificios generales eran hechos en tiempo de necesidad, de hambre, de mortandad y otras tribulaciones que suelen venir, el cual, si era grande, sacrificaban niños y niñas inocentes, que no tuviesen pecado alguno, y estos sin los animales y las otras cosas ordinarias, porque en todo sacrificio habia esto: que si era grande, no por eso cesaban las cosas comunes, mas aquellas añadian la sangre humana y el sacrificar hombres.

Estas ofrendas no se gastaban de la hacienda particular, mas de la comunidad y depósito del templo, adonde habia ganados, maíz, vinos, y ropas, y todas las demás cosas para este efecto.

Sacrificaban cada luna nueva cuatro ó cinco hombres ó mujeres y mancebos todos vírgenes, que no tuviesen pecados, á lo menos que fuese gente de opinión y virtuosa; á estos sacrificaban en dos isletas que habia en dos lagunas: la una en Collao, cuyo templo se llamó Titacaca; la otra laguna es en la provincia de los Carangas.

Al sol, que era el principal criado de dios, honraban y sacrificaban grandes sacrificios, quemando ovejas, carneros, y sebo, y Coca, que es una cosa preciadísima, y así quemaban todo aquello que podia quemarse en sacrificio; ofrecíanle vino del más fino y mejor que se podia haber, ofrecíanle también unas cuentas muy menudas como aljofar muy menudo, y eran de oro, y era la cosa de más estima que tenían, y algunas veces le ofrecían hombres, pero era cosa muy rara.

La fiesta que ellos hacian por la cosecha de los panes era famosa, y así es bien que hagamos mención della.

Habia un gran llano á la salida del Cuzco, á la parte Occidental, al cual sacaban todos los bultos de los Reyes y señores pasados que estaban en los templos de la ciudad, los más dignos y famosos; ponian debajo de muy ricos tol-

dos, hechos de pluma con gran artificio; hacía-se desta toldería y empabellonado una calle por gran orden muy grande y ancha.

Puesto esto por el orden necesario, salia el Rey Inga con más de trescientos caballeros grandes, que se llamaban los caballeros Orejones, que eran como Comendadores, ó caballeros de espuela dorada, como adelante lo mostraremos cuando hablemos de la caballería militar.

A estos ninguno se allegaba por ser ilustres; estos también hacian otra calle por que iban de dos en dos, por muy buen orden.

El Rey Inga iba detrás, y llegados al llano, cada uno tenia su asiento conocido; el Rey tenia hecho un palenque ó cerca, y allí estaba su asiento, el cual era de oro fino.

Salian aquellos caballeros aquel dia ricamente aderezados, con mantas y camisetas ricas, llenas de argentería, y brazaletes, y patenas en las cabezas, todo lo cual era de oro fino y muy relumbrante; el Rey siempre salia más rico que todos.

Puestos en este orden, todos estaban en gran silencio esperando que saliese el sol, porque se hacia al alba; salido el sol, luego desde el Rey hasta el último caballero comenzaban un canto

por grande orden, y meneaban al compás un pié, y como el sol iba creciendo y subiendo, así también ellos alzaban más la voz, y entonces el Rey levantábase de su silla y poníase en el principio de la procesión, y él entonaba el canto y los demás respondían; después que el Rey había estado cantando y en pié un poco, volvíase á sentar en su estrado, y allí negociaba y despachaba negocios que importaban al reino.

El canto por los caballeros crecía, así en la fuerza de las voces como en el regocijo, porque iba subiendo el sol muy alto, de manera que el sol era su compás.

Cuando el sol había llegado á medio día, ellos también iban abajando el canto, y este orden se guardaba desde que salía el sol hasta que se ponía.

En todo este tiempo se hacían grandes ofrendas y sacrificios.

Había en aquel campo un árbol grande, y allí hacían un terraplano, y encendían gran fuego, y echaban muchas carnes de ovejas y otros animales, y no las sacaban hasta que eran quemadas.

A otra parte mandaba el Rey echar á la rebatina muchas ovejas para la gente pobre que

allí se allegaba, y esto causaba gran alegría y regocijo.

A las ocho del mismo día salían pasadas de doscientas mujeres mozas, cada una con su cántaro nuevo, que cabía más de arroba y media. Estos venían llenos de vino de lo que acostumbraban, que se llamaba Chicha; venían estas mujeres de cinco en cinco, por gran orden, y de trecho á trecho paraban y ofrecían aquel vino al sol, y con él unos cestos llenos de la yerba coca, que es para ellos mantenimiento principal.

Cuando llegaba la tarde, todos mostraban semblantes tristes, porque se les iba el sol, y así cantaban con voces muy flacas y lastimeras, y cuando ya de todo se entraba el sol, alzaban las manos y hacían una grande admiración, y hacíanle una profunda reverencia, y así se acababa la fiesta.

Hecho esto, luego quitaban los toldos y pabellones y cada cual llevaba sus dioses á sus casas, y los ponían en el lugar de donde los sacaron.

Duraba esta solemnidad ocho días arreo, con la mesma representación que el primero.

Tenían estas estatuas de los antiguos Reyes sus sirvientes y guardas, á los cuales servían

con gran reverencia, y las mosqueaban con unos ventillos muy ricos, que ellos hacían, y tenían sus Mamaconas, que eran como monjas, según que ya atrás queda declarado, y allí estaban con gran honestidad todos aquellos ocho días, al cabo de los cuales todos los ministros se iban á sus propios templos adonde servían.

Hacían otra cosa este último día de la fiesta y era que traían al mismo campo muchos arados para arar que eran de oro, y el rey tomaba uno y comenzaba á romper la tierra, y lo mesmo hacían los otros señores.

En aquello daban á entender que de aquel día en adelante todos los labradores podían comenzar á sembrar y á cultivar la tierra para que diese fruto otro año.

Y tan puestos estaban en esto, que creían que la tierra no daría sus frutos si no se hacía esta fiesta y ceremonia.

Hacían al sol otra reverencia, y era que tenían su imagen de bulto y muy grande y todos los que pasaban por delante della se descalzaban por hacerle más reverencia y acatamiento, esto es en lo tocante al sacrificar en general.

Cuanto á los sacrificios particulares que cada uno hacía de su voluntad, ó fuese por alguna necesidad ó por devoción, el sacrificio que ha-

cian era sacarse los pelos de las cejas, y soplarlos hacia el cielo ó al sol ó hacia el templo.

También echaban plumas pintadas y la yerba Coca y quemaban sebo.

Este no era sacrificio de los más ricos más del pueblo común, porque los más poderosos sacrificaban ovejas y echaban vino de lo que ellos tenían, y también ofrecían algunos pedacillos de oro y plata y cobre, en esto la cantidad era voluntaria.

Así mesmo los pueblos y comunidades cuando hacían algún voto enviaban muchas riquezas, según el caudal de los vecinos.

Todas las veces que comían la yerba Coca, ofrecían sacrificio al sol de la misma Coca, y si se hallaban junto á donde había fuego la echaban allí.

Cuando subían por algún puerto que tuviese nieve ó hiciese en él frío, ofrecían sacrificio de lo que llevaban en un altar que tenían hecho de piedras amontonadas, y muchas veces dejaban saetas ensangrentadas de su sangre.

También ofrecían allí oro, plata y pelos de las cejas y de los cabellos.

Cuando caminaban por allí iban en gran silencio y no hablaban, y esto hacían porque creían que los vientos se enojarían y echa-